



Cuaderno N°23
“Juventud universitaria y Mercosur”

Prof. Alberto Methol Ferré



FUNDACION VIVIAN TRIAS

Colonia 1456 Piso 5. Montevideo 11200. Tel +598 2402 1053. www.fundacionvivantrias.org



Fundación Vivián Trías

Cuaderno N°23

Juventud Universitaria y Mercosur

Prof. Alberto Methol Ferré

I. Ubicación temática

El objetivo proclamado por el Mercosur es el Mercado Común de sus Estados miembros. Pero, resulta evidente para todos, el Mercado Común, que en su dinámica de constitución, implica mucho más que el mercado. El mercado implica todos los componentes de la sociedad y es afectado por ellos.

En “Objetivos y programa de Acción del Mercosur 2000” se fijaron las líneas que orientarán las negociaciones tendientes a afianzar y desarrollar el esquema de integración, dentro del marco del Tratado de Asunción y del Protocolo de Ouro Preto. La profundización del proceso de integración toma tres ámbitos básicos: 1) “La marcha hacia el Mercado Común”, es decir, en sus dimensiones y asuntos económicos en su acepción más amplia; 2) “El racionamiento externo del Mercosur”, es decir, la OMC, la ALADI, la integración hemisférica, las relaciones con EEUU y el Nafta, etc.; y 3) “La dimensión global de la integración”. En este ámbito se inscribe nuestra reflexión, que incide sobre los apartados 3.3 La Cultura y 3.5 La Educación y en cierto sentido en el 3.6 Ciencia y Tecnología.

Nuestra perspectiva será desde un ángulo que involucra los tres apartados: las juventudes universitarias, o de modo más amplio, los que realizan estudios superiores. A nuestro criterio, esta debe ser una de las preocupaciones más importantes y urgentes del Mercosur, si tiene interés en optimizar su desarrollo futuro. El objetivo es la movilización y compromiso de las juventudes en la nueva historia que significa el Mercosur.

La atención sobre la multifacético juventud universitaria en nuestros países repercute necesariamente, a corto plazo, en todas las dimensiones del Mercosur: en los Estados y todo tipo de empresas; en profesionales, técnicos, empleados de alta capacitación intelectual en los más variados sectores económicos, sociales, culturales y políticos.

Por supuesto, involucran, particularmente al Sector Educativo del Mercosur (SEM) de modo muy especial. Si tomamos el último referente que es el Plan 2001 – 2005 del SEM, se expresa que en Educación Superior “se pondrá especial énfasis en la creación de un espacio académico común de intercambio de conocimientos e investigaciones conjuntas, promoviendo el desarrollo educativo, cultural, científico y tecnológico en la región”. En sus principios orientadores expresa que su accionar se enmarque en “la movilidad o intercambio de actores educativos para el desarrollo y fortalecimiento de redes y experiencias”. Entre sus objetivos estratégicos define: “Fortalecimiento de la conciencia ciudadana favorable al proceso de integración regional que valore la diversidad cultural”. En sus estrategias de acción: “La circulación de actores educativos con el objeto de favorecer el intercambio de experiencias educativas y culturales”.

¿Desde qué perspectiva tomamos aquí a la “juventud universitaria” del Mercosur y sus asociados, que podría extenderse al conjunto de la Comunidad Andina? Desde la exclusiva de la Integración.

La juventud universitaria no es un sujeto siempre idéntico y de un solo rostro o ángulo de abordaje. Aquí nos referimos a la juventud latinoamericana universitaria en cuanto sujeto histórico que ha tenido (y que seguramente volverá a tener en otras modalidades) un rol decisivo en las luchas por la Integración de América Latina, que implica la de la Unión Sudamericana tanto como la del Mercosur o la Comunidad Andina. Ninguna juventud es puro presente, sino que se inscribe y es heredera (o borra tales o cuales herencias) de un largo entrelazamiento y relación con las juventudes universitarias latinoamericanas desde comienzos del siglo XX. Por lo menos desde el I Congreso Latinoamericano de estudiantes de 1908, realizado en Montevideo. Luego, siguió un largo encadenamiento de congresos de la juventud universitaria, que sin duda son antecedente forzoso tanto del Mercosur como de la Comunidad Andina. Por distintos motivos históricos, que aquí sólo podemos mencionar brevemente, esas juventudes han desaparecido del protagonismo “integracionista”, por lo menos hace veinte años. Y es una ausencia que el Mercosur o la Comunidad Andina deben sentir como una gran carencia. Sin juventud participante, no habrá nunca entusiasmo colectivo, que es una necesidad exigida por una tarea integradora tan vasta y decisiva para el destino de todos nuestros países como la que implica el Mercosur. Se trata, nada menos, que de la consolidación exitosa de nuestra independencia en la unidad y convergencia del Mercosur y en el horizonte de la Unión Sudamericana. Son la agitación y el fermento de las juventudes, no habrá “*affectio societatis*” en nuestros pueblos, que sostenga la gigantesca empresa de un Mercado Común, que siempre es mucho más que un “mercado”: apunta a una conjugación de pueblos hermanos de un mismo “círculo histórico cultural”.

Así, para una mejor comprensión de nuestro planteo, haremos una breve historia de la juventud latinoamericana. Pero antes enunciaremos nuestra perspectiva del escenario contemporáneo que no puede sobreentenderse.

II- Nuestro supuesto fundamental

Nuestra comprensión del proceso histórico de la juventud universitaria tiene obviamente como supuesto nuestra visión básica de la historia global contemporánea, y dentro de ella de América Latina, especialmente de América del Sur.

Seremos de máxima concisión. Se supone que el mundo actual está formado básicamente por “Estados-Nación”. En la sociedad mundial Naciones Unidas se reúnen 194 Estados Nación. Es una vastísima gama que va de gigantescos Estados hasta otros comparativamente casi infinitesimales. De tal modo la idea Estado-Nación, so pena de volverse totalmente equívoca, implica una necesaria diferenciación de distintos tipos de Estados-Nación. De lo contrario, el empleo de tal concepto de modo indiscriminado nos llevaría a la mayor confusión en la interpretación del acontecer histórico.

A nuestros efectos, basta con unas diferenciaciones muy sencillas pero básicas.

Desde inicios del siglo XIX, cuando se desata el proceso de nuestra independencia de 1808 a 1830, ya estaba configurado el primer Estado-Nación Industrial, Gran Bretaña. Le seguirá luego Francia. Estos dos Estados se vuelven el paradigma del Estado-Nación capaz de protagonismo, en la delantera de la historia. Serán el primer modelo de lo exigido para ser Estado-Nación de primer nivel. Todos los otros Estados, de modo variado, van integrando lo secundario y terciario o simplemente el “coro de la historia”. Nosotros integramos desde el comienzo una periferia agro/minero exportadora, acompañada desde el nacimiento de nuestros Estados por la Deuda Externa.

En la segunda mitad del siglo XIX, desde el Zollverein de 1834 que es la unión aduanera de dos o tres decenas de micro-estados alemanes, es Bismarck que – desde 1870- impulsa el ingreso de Alemania en la Sociedad Industrial. Desde una entidad menor, el norte industrial del Piamonte, realiza la unidad de Italia para poder irrumpir en la lógica de los Estados protagónicos. Ya al final del siglo XIX es la aparición en Asia de su primer estado-nación industrial, el Japón.

Así, hay 5 Estados Nación Industriales que irrumpen en el siglo XIX como dinamizadores. Estos forman parte hoy del Club de los 7 más ricos del mundo.

Pero, al margen del centro mundial europeo viene surgiendo un Estado moderno americano de dimensiones insólitas. Primero en expansión continental desde el océano Pacífico al Atlántico (eso en 50 años) y luego la victoria del Norte Industrial sobre el Sur esclavista y agrario. Los Estados Unidos hacen su gran despegue industrial en el último tercio del siglo XIX, empujados también por la inmigración europea más grande de la historia. Algo sin igual. Y a fines del siglo XIX inicia su expansión panamericana, desaloja a España de Cuba, Puerto Rico y también de Filipinas, posición estratégica en el Extremo Oriente.

Nace así un nuevo Paradigma de la primera línea del protagonismo histórico. Federico Ratzel le llama un “Estado Continental (Industrial)” por su enorme diferencia cuantitativa que se vuelve cualitativa en comparación con los Estados Nación anteriores, que pasan a secundarios. Por eso el mismo Ratzel considera que el siglo XX inicia “la era de los Estados Continentales”. Los que no alcanzan ese nivel “continental”, integrarán más que nunca, en un mundo globalizado, el “coro de la historia”. Anuncia que los Estados de Europa ya no pueden ser más “entro” de la historia, salvo que sean capaces de unificarse en un nuevo Estado Continental, una “Unión Europea”, Y Ratzel, que muere en 1904, piensa que quizá el único que pueda competir con Estados Unidos en el siglo XX será la inmensa Rusia, si lograba “acelerar” su industrialización, que empezaba a tomar cuerpo en la última década del siglo XIX. De tal modo, tenemos ya anunciada la lógica de todo lo acaecido en el siglo XX.

En América Latina, la “generación del 900”, sin conocer a Ratzel, se planteaba el mismo problema. Y formula en esencia la misma respuesta; la necesidad de superar la fragmentación latinoamericana, pasando de los “Estados desunidos del Sur” a los “Estados Unidos del Sur”. El nuevo paradigma del protagonismo histórico eran los

Estados Unidos, el Estado Continental Industrial. Nosotros sólo podíamos ser, si realizábamos una equivalencia propia ante el nuevo Paradigma.

Por eso, los del 900 rescatan a Bolívar, que había querido culminar la Independencia en una “Nación de Repúblicas” confederadas. Entonces, el argentino Manuel Ugarte en “EL Porvenir de la América Española” (1910), el venezolano Blanco Bombona con “La evolución política y social de Hispanoamérica” (1911), Rodó con “El Mirador de Próspero” (1912) y el peruano García Calderón con “Las democracias latinas de América” (1912) y “La Creación de un Continente” (1913) que terminan insinuando que el destino unificado de Sudamérica está en la emergencia de Brasil y Argentina. Así, en las vísperas de I Guerra Mundial, los del 900 alcanzan la primer visión, totalizante de América Latina. Era el primer paso necesario, más allá del exclusivismo de las “historias nacionales”. Luego de casi cien años de soledades, se recuperaba intelectualmente la unidad histórica de América Latina. Eran los tiempos de gestación del ABC del barón de Río Branco y Saenz Peña.

Aquí es indispensable una puntualización. La generación latinoamericanista del 900 incluye siempre a Brasil en sus perspectivas. Ya lo hacía Torres Caicedo, el colombiano heredero intelectual de Bolívar, que acuña la expresión “América Latina” justamente para incluir a Brasil, allá por la mitad del siglo XIX. También el “iberismo” intento de unificación de Portugal y España, iniciado por liberales portugueses y españoles, culminó intelectualmente en la gran obra de Olivera Martins “Historia de la Civilización Ibérica” (1879) que incluye en una sola unidad histórico-cultural a Portugal y España.

De tal modo, la generación española “del 98” (Unamuno, Maeztu, Altamira, D’Ors, etc.) y la latinoamericana del 900 incluyen siempre a Brasil. Esto no ofreció dificultades. En cambio, para Brasil, sentir en sus elites intelectuales una solidaridad radical con la otra mitad de América del Sur, fue más lento. A la verdad, no tengo aún claras las líneas de crecimiento de la atención brasilera al “destino común” con nosotros. No es por cierto extraño y es justificado que el país más grande de América del Sur fuera el de mayor propensión al ensimismamiento.

Pero terminemos ya con la perspectiva de los Estados Continentales en el curso del siglo XXI. Henry Kissinger sostiene en su excelente obra de 1994 “La Diplomacia que es esperable un “concierto mundial” de potencias relativamente equiparadas que será el principio rector del orden mundial. Ese concierto rector contendrá al menos 6 grandes potencias: los Estados Unidos, la Unión Europea, China, Japón, Rusia y probablemente la India. Es decir 5 estados continentales – si la India se industrializa a fondo- y 1 Estado nación industrial sobreviviente, Japón. En realidad, se cumple el veredicto de Ratzel: sólo gobernarán los Estados Continentales. Es decir, solo ellos tendrán capacidad de relativa autonomía. El resto será mas “coro “que nunca.

Y en esta perspectiva se inscribe la lucha por la construcción del Mercosur Sur, que significa la construcción de un nuevo “Estado Continental”, que puede ser la “Unión Sudamericana” o más delimitado al Cono Sur, quizá con la suma de algún otro país. No lo sabemos. El resultado positivo todavía es incierto, pero lo indudable es que el fracaso de una unidad sudamericana mayor nos condenaría a la marginación de la

historia. Si hubiera éxito, accederíamos al concierto de Estados rectores del orden mundial. Pero tan grande empresa implica una gran participación colectiva, de nuestros pueblos conjugados, y ello no será posible sin la movilización de sus juventudes. Esta es una de las exigencias básicas de la nueva situación y su desafío. No tener esto claro, significa ponerse por debajo de las tareas ya propuestas. Volverlas imposibles y frustrantes.

Llegamos así a los itinerarios de la juventud latinoamericana.

III - La Juventud latinoamericanista del siglo XX

El Ariel señaló el punto de partida de la movilización de las juventudes en el siglo XX. El Ariel de Rodó dedicado "A la juventud de América" (se sobreentiende América Latina), es la despedida del maestro Próspero en el fin de curso de sus discípulos universitarios, expresándoles que toda generación nueva en la historia debía aportar nuevas respuestas e ideas para la construcción del futuro. Y Próspero se propone una reflexión histórica que podía contribuir a la gestación en los estudiantes de la nueva idea que podían levantar. De este trata el Ariel.

Rodó venía de una gran preocupación: dado el aislamiento de nuestros países latinoamericanos, creía que nada era más importante que recuperarla unidad intelectual y moral de Hispanoamérica, perdida desde los tiempos de la Independencia.

Las bases últimas de círculo histórico – cultural de la América Latina mestiza, por mediación de Portugal y España, son para Rodó el Helenismo y el Cristianismo. Y la modernidad nos exigía ahora dos derivaciones: del primero, la Ciencia y tecnología, del segundo la Democracia. Para Rodó las dos derivaciones modernas son esenciales, pero no pueden perder esos fundamentos últimos más amplios, estéticos-religiosos de la herencia original helenístico-cristiana. Rodó encuentra esos fundamentos debilitados, no por lo útil, sino por la primacía de la utilidad (hoy diríamos de "la razón instrumental", obviamente indispensable). De ahí su crítica – muy equilibrada- a lo que entiende principal en el nuevo paradigma de los Estados Unidos. Pero aún reconociéndole sus virtudes y logros notables, piensa que no es buena para nosotros una mera imitación mecánica y abstracta.

¿Qué responde Rodó? Dice poco: solo señala a los estudiantes un horizonte nuevo, casi vacío: pensar y actuar desde América Latina como conjunto, apoyándose en la conciencia de nuestra propia historia. ¡Casi todo se tenía que recomenzar!

Fue ese horizonte nuevo de nuestra propia continentalidad lo que llamaría Rodó, poco después, "Magna Patria". Compara la tarea propuesta con la reciente lucha por la unidad nacional de Italia en tiempos de una gran inmigración italiana en Brasil, Argentina y Uruguay. Respecto de Brasil, sostenía Rodó en un discurso parlamentario sobre la acción del barón de Río Branco: "no necesitamos llamarnos "iberoamericanos" nietos de la heroica y civilizadora raza que solo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a Brasil". Claro, lo último

proviene de la “Hispania” romana común. Los españoles la habían castellanizado por “España” en el siglo XVIII.

Rodó – como sus compañeros de generación- tomaban al Estado Continental como modelo necesario de sobrevivencia y protagonismo. Y pusieron manos a la obra en tan vasta empresa a largo plazo, vista por el sentido común de entonces, como meramente “utópica”.

El mensaje del Ariel tuvo una repercusión sin igual en los intelectuales y las juventudes de América Latina. Ya vimos que pronto los intelectuales alcanzaron una visión conjunta de América Latina que no existía antes. Y fue el comienzo de la movilización hispanoamericanista de la juventud. Así, se inicia en Montevideo, en 1908 el Primer Congreso Latinoamericano de Estudiantes: vinieron de todo el Cono Sur, de Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina y Brasil. Rodó fue especialmente invitado al banquete de clausura. Los delegados parecen una lista de futuros políticos, intelectuales, educadores, etc. (hasta hubo futuros presidentes como Nereo Ramos, Manuel Prado y Baltasar Brum). Le siguió una rápida sucesión de congresos antes de la Primera Guerra Mundial.

Hubo los Congresos de estudiantes latinoamericanos en Buenos Aires (1910) y Lima (1912) con otro Congreso en el norte de América del Sur realizado en Bogotá (1910) entre los colombianos, ecuatorianos y venezolanos. Allí están ya los temas que recorrerán al movimiento estudiantil del siglo XX: de la universidad hacia adentro, autonomía, cogobierno y extensión al pueblo, y hacia fuera romper el aislamiento afirmar la hermandad e ir hacia la federación continental de América Latina y la denuncia a las políticas del “monoroismo” y del “big stick” norteamericano.

En 1911 Manuel Ugarte – socialista democrático – iniciaba su “Campaña latinoamericana” con una conferencia en la Sorbona patrocinada por los ministros de Argentina, Bolivia, Costa Rica, Perú, Uruguay y Brasil, y enseguida, partía para realizar su gira desde Cuba y México hasta terminar en setiembre de 1913 en Río de Janeiro y Asunción. Fue una larga y accidentada recorrida con actos populares colmados de obreros y estudiantes. Luego, con el estallido de la I Guerra Mundial y el ascenso con sufragio universal de Hipólito Irigoyen, que proclama al 12 de octubre “Día de la Raza”, nacimiento de la América mestiza, Ugarte lucha por un nacionalismo económico industrialista. En 1918 es el único orador en el acto de fundación de la Federación de Estudiantes Argentina (FUA) que fue a la vez convocatoria del Congreso de Estudiantes en Córdoba, de repercusión en toda América Latina. Ugarte será el eslabón entre la generación del 900 y la generación de la Reforma Universitaria.

Así, en el contexto de la post guerra mundial, se propagará como un reguero de pólvora la reforma universitaria latinoamericana que dará su sello al movimiento estudiantil en todo el ámbito continental hasta la II Guerra Mundial. Fue un ciclo de gran efervescencia, la primera conmoción latinoamericanista en cierto sentido masiva desde la Independencia. Las “universidades napoleónicas” de los patricios oligárquicos decimonónicos entran en ebullición: son las nuevas clases medias latinoamericanas en acción. Más aún, hay una oleada por las “universidades populares”. Y se quiere “la unión de obreros y estudiantes”.

La Reforma del 18 nunca alcanzó coherencia en sus perspectivas, reflejo ideológico de las inarticuladas sociedades latinoamericanas de entonces, de índole mayoritariamente agraria. La Reforma es tumultuosamente democrática, nacionalista y socializante. Se sentía el impacto de la revolución rusa bolchevique y de la revolución mexicana.

En México José Vasconcelos convocaba en 1921 al Primer Congreso Mundial de Estudiantes, a donde vinieron hasta representantes chinos. En 1925 se funda en la otra punta, Buenos Aires, la “Unión Latinoamericana” presidida por Ingenieros.

Y ya estamos abriendo en 1930 una nueva época en América Latina: la lucha por la construcción de la Sociedad Industrial. EN la crisis mundial del capitalismo de 1929, ante la depreciación general de la materias primas que exportábamos se inició la lucha forzosa por la industrialización de América Latina. En todo el tiempo anterior el crecimiento surgía del intercambio comercial, del juego de las exportaciones y las importaciones, y no más. Ahora se abría la época de la industrialización tardía de América Latina. Y allí estará el más alto exponente de la Reforma Universitaria: el peruano Haya de la Torre y el APRA.

Haya de la Torre es el primer teórico general del nacional-populismo latinoamericano. Postula las tres exigencias básicas: Democratización, Industrialización e Integración. La primera no será plena sin la segunda y ésta no será plena sin la tercera. Así solo un Estado sostenido por una vasta alianza de clases de campesinos, obreros, empresarios, industriales nacionales y las clases medias y sus intelectuales, podrá negociar con poder y eficacia con las grandes corporaciones modernas de alta tecnología y con el capital inversionista extranjero, que son elemento ineludible en el despliegue industrial de América Latina. Sin la integración, nuestros países fragmentados, dependientes y atrasados no podrían conducir su desarrollo en bien de los pueblos.

Hasta la II Guerra Mundial el estudiantado nombró varios “Maestros de Juventud”, Rodó, Alfredo Palacios, Vasconcelos y el último fue Haya de la Torre en 1937.

Un vasto movimiento histórico está siempre llevo de confusiones y charlatanerías, lastres y clarividencias nuevas. Se le juzga por sus potencias y resultados mejores. El movimiento estudiantil latinoamericano siguió gestando congresos: Montevideo (1931) y el Iberoamericano de México (1931); el internacional de Costa Rica (1933); el de Estudiantes Antiimperialista (1936); los de 1937 y 1943 en Chile; el de Montevideo (1955); el de La Plata, Argentina (1957); y el de Caracas, Venezuela (1959); éste fue el último latinoamericano según mi conocimiento. Es una fecha significativa: coincide con la Revolución Cubana y así le siguieron los años 60 y 70 que serán los del “Ariel Armado” y después hasta hoy, las décadas del “Ariel Desaparecido”.

Retomemos el hilo anterior. En América Latina habían crecido los movimientos nacionales – populistas desde los años 30 – Vargas y el PRI de Cárdenas – y en los 40 – Alemán, Perón, Betancourt, Paz Estensoro. La II Guerra Mundial consolida la hegemonía norteamericana y confirma la retirada europea, particularmente inglesa, de América Latina. Pero al mismo tiempo se instalaba mundialmente la Guerra Fría

entre los dos estados continentales industriales, los EEUU y la URSS, el uno capitalista y el otro colectivista. A la vez, se consuma la decadencia de Europa y se iniciaba la descolonización de los imperios afro-asiáticos. Estados Unidos era la primera potencia mundial y el viejo Monroe era archivado en el “patio del fondo” latinoamericano. En 1945 fue el impulso de la industrialización autónoma argentina por Perón y su Tercera Posición. En cuanto a la Reforma Universitaria ésta iría perdiendo impulso, cada vez más anémica. Pero en los 50 el latinoamericanismo da otro paso. Desde Haya de la Torre la Integración pasó al programa de varios partidos. Dejaba de ser un asunto social básicamente juvenil. Ya no era tan “utópico” como antes. Incluso Perón propondrá a Vargas y a Ibáñez entre 1951 y 1954 un Nuevo ABC, concebido como un paso para la construcción “de los Estados Unidos del Sur”. El “centro de aglutinación” de toda América del Sur para Perón era la alianza de Argentina y Brasil. Era la alianza fundante de la unidad de América del Sur. Sería el comienzo del pasaje de los Estados Nación sudamericano al “Estado Continental”, como ya pretendía realizarlo la Europa Occidental encabezada por Francia y Alemania creando el Mercado Común. Este intento de un núcleo de aglutinación ya fracasaba en 1954.

La década del 60 se va a desarrollar entre dos polos dicotómicos. El primer polo fue desarrollista, tal como lo concebía la CEPAL de Prebisch, magno intento teórico de organizar la industrialización latinoamericana que tuvo repercusión en los primeros esfuerzos regionalistas del Mercado Centroamericano (1960) y la Alac (1960). Luego el intento retórico de Mercado Común Latinoamericano (1967) y el Pacto Andino (1969).

Ésta fue la primera oleada regionalista, emprendimientos gubernamentales de integración comercial y aún más ambiciosos... Pero quedó empantanada. Fue asunto de expertos y funcionarios, excesivamente economicista. No era fácil comenzar realmente una tarea tan nueva. Quien tuvo entonces más sentido histórico de lo que se planteaba fue el chileno Felipe Herrera, que ya había actuado con Ibáñez en el intento anterior del Nuevo ABC. Para Herrera el mundo actual está en el pasaje de los Estados Nación a los Estados Continentales a través de los regionalismos. Coincide en esta perspectiva con Perón y ambos con Ratzel, que siempre queda implícito.

El segundo polo de los años 60 será la irradiación de la Revolución Cubana en las juventudes universitarias. Fue la teoría del foquismo guerrillero impulsada por el Che Guevara. Fue una estrategia de muerte y fracaso signada por la pasión y el heroísmo. Fue el tiempo terrible del “Ariel Amado” en camino de la “Revolución Continental”.

Los dos polos opuestos de los años 60 siguieron caminos sin comunicación y quedaron pronto exangües. Les seguirá, de un lado el estancamiento del proceso de integración, del otro la tragedia “del Ariel Desaparecido”. Solo quedó entonces el boom mundial de la literatura latinoamericana.

Desde la segunda mitad de los años 70 y en los 80 se desemboca en lo que se ha llamado “la industrialización trunca de América Latina”, la crisis de la Deuda Externa

y las nuevas recetas antiguas del neoliberalismo proclamado por los centros metropolitanos, aunque no practicado por ellos.

América Latina que había crecido desde 1900 casi hasta los 80 con porcentajes altos en el mundo, se convirtió para el pago de la deuda externa en una extraordinaria exportadora de capitales. Las juventudes latinoamericanas desaparecían ahora como latinoamericanistas activas. No trascendían el horizonte de sus respectivos países.

Sin embargo en estos finales del siglo XX, en comparación a sus inicios saltaba a la vista una enorme diferencia. Se había ido acumulando desde la generación del 900 un creciente y multidimensional autoconocimiento de América Latina como conjunto. Habían aparecido desde el dominicano Enriquez Ureña, historias de la cultura, de la literatura y de las artes en una escala creciente. Lo mismo respecto de historias económicas y sociales y urbanísticas del conjunto de América Latina. Se había producido en el transcurso de varias décadas una firme revalorización del Barroco, que cada vez más se fue comprendiendo como la base más específica de nuestro "círculo histórico cultural latinoamericano", más allá de las percepciones esquemáticas de Rodó. Un hecho que no puede desconocerse es que la Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo XX adquiere un gran dinamismo por haber asumido desde su propia lógica lo que tenía pendiente en la modernidad: lo mejor de la Reforma Protestante y de la Ilustración Secular. Eso hizo el Concilio Vaticano II. En las conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979) se solidariza con la integración latinoamericana y la lucha contra el subdesarrollo, con su opción preferencial por los pobres. Asume también por primera vez la autoconciencia de su historia eclesial latinoamericana como conjunto.

El siglo XX "corto", es decir hasta el fin de la época bipolar, con la caída de la URSS en el 89, ha presenciado un crecimiento extraordinario del saber histórico latinoamericano. Así es como desembocamos en los 90 en este nuevo tiempo de Globalización y Mercosur, con la juventud universitaria ausente.

IV. Las propuestas

El Mercado Común, en su libre circulación de personas, debe ser preparado desde el comienzo, con un desarrollo estratégico paulatinamente creciente. El Mercosur alcanzará su plenitud en el horizonte que sus miembros hispanoamericanos se "brasoleñicen" y el brasileño se "hispanoamericanice".

Las propuestas son sencillas y a la vez ambiciosas, y toman en cuenta lo existencial y cognoscitivo. Se entiende que la juventud universitaria en su conjunto no tiene buena formación histórica. La historia en cada país, como generalidad, solo rige a niveles Primario y Secundario. Luego está sobreentendido que la vida misma en su país lo hará crecer históricamente. Pero este no es el mismo caso; aquí urge una formación de la juventud a niveles universitarios, de modo generalizado, una experiencia profunda de otro país miembro del Mercosur y una interacción universitaria en las más diversas cuestiones.

1) Intercambiar estudiantes entre las varias “redes de universidades” que se establezcan entre los países miembros. Puede extenderse a los de la Comunidad Andina y aún a México, América Central y la Antillas. El horizonte principal es en América del Sur, pero esto no excluye el interés en los lazos especiales con el conjunto de América Latina.

Básicamente serían cursos anuales o semestrales en y dentro de la carrera que el estudiante curse. Los estudiantes elegidos deben estar cercanos al término de su carrera, de modo de asegurar el mejor rendimiento de tal política. Las materias se validarán para cada carrera en cada país de origen del estudiante.

Se trata de la formación de elites más allá de su propio país, en los más diversos campos y siempre abiertas al crecimiento más masivo posible. Se trata además de una experiencia existencial, en la edad joven de las grandes amistades. Que de todos los países miembros los estudiantes avanzados tengan una experiencia y conocimiento importante de, al menos, un país asociado.

2) Proporcionar que en todas las Facultades de las Universidades se incorpore un curso de “Historia Contemporánea” para que los estudiantes avanzados tengan la mayor conciencia histórica de su actualidad global, con particular énfasis en América Latina y desde el MERCOSUR. Puede ser de uno o dos semestres.

3) Propiciar “Congresos estudiantiles del Mercosur” dejando libres a las asociaciones estudiantiles participantes los temarios y sus resultancias. Se trata de una política “fermental” y no de imposición de ninguna línea política partidaria ni gubernamental. Puede establecerse distintas periodizaciones y participaciones.

Estas tres propuestas pueden completarse por series de Seminarios con temas específicos, compartidos por los países miembros. El iniciador podría ser un Seminario sobre lo más relevante de las historias de conjunto de América Latina, en sus aspectos económicos, políticos, urbanísticos, culturales, religiosos.

Todo es sencillo, pero exige una dinámica y perseverancia en una conducción consensuada, sagaz y flexible.

